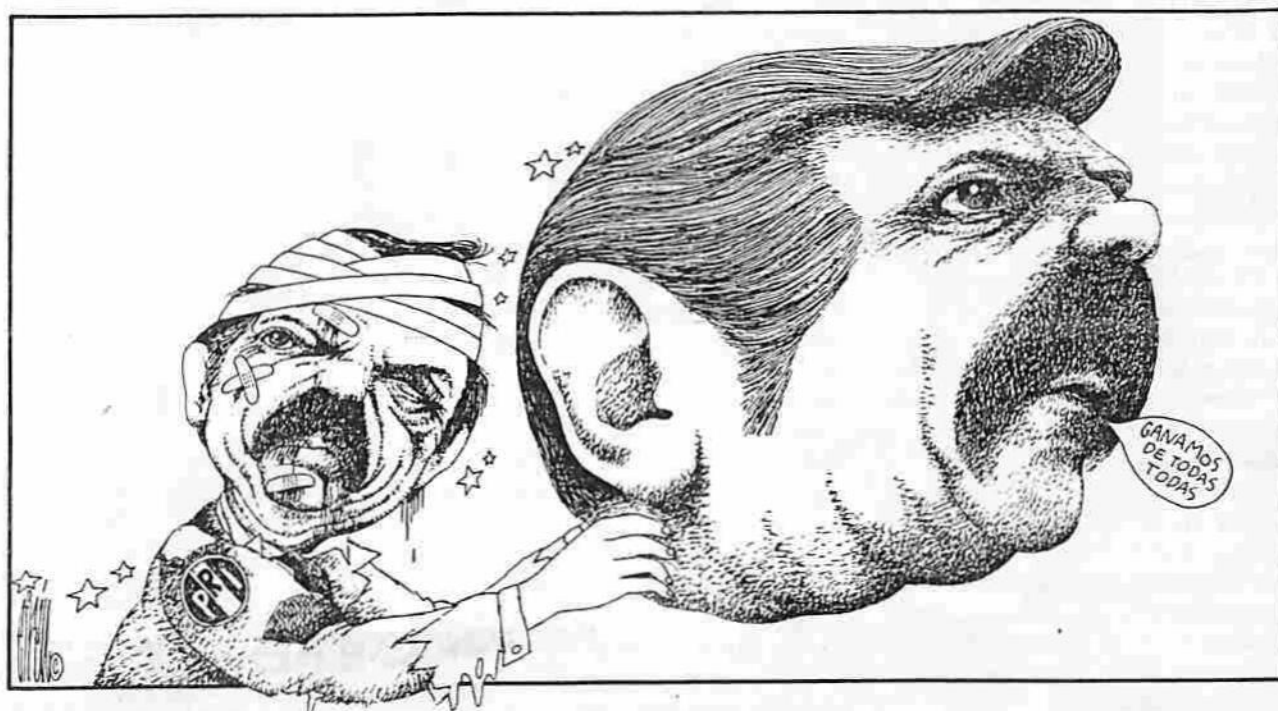


COMENTARIOS POLITICOS



UN PARTIDO DE ESTADO Y SU HISTORIA RECIENTE. RETROSPECTIVA Y PERSPECTIVA DE LA XII ASAMBLEA DEL PRI.

Negar la importancia que ha tenido el Partido Revolucionario Institucional en la conformación del sistema político mexicano es algo que está fuera del alcance de cualquier comprensión, por simple o especializada que sea, del desarrollo del poder en México. La esencia priista de nuestras formas de dominación y consenso encierra, ya sea en lo institucional o en lo "independiente", una verdad histórica insoslayable,

biográfica, cotidiana: el poder en México ha sido uno y único, pero también plural, flexible y transformador.

El carácter único del PRI no ha forjado una situación de excepción en los espacios y estructuras todos del transcurrir y discurrir del poder en nuestro país. Tampoco ha formado en él un carácter excluyente. El que el PRI sea un partido dominante no ha sido un fenómeno atribuible a su carácter único, pues el consenso no se constituye en este caso por la ausencia de contrarios, y sí, en cambio, por las presencias verdaderas de la sociedad en su pactación, en su construcción permanente y, como experiencia política comprobada, en el cumplimiento de los compromisos básicos que la sola idea del pacto social conlleva.

No obstante, a pesar de estar presente, diariamente presente y de reproducirse de manera sistemática

en el curso de las relaciones de poder desde sus más mínimas hasta sus más complejas expresiones, el estudio y la realidad del PRI siguen siendo desconocidos en aspectos fundamentales para la mayoría de los analistas e investigadores.

La "historia oficial" del partido no se presta mucho a ser un contrapeso para dilucidar dicha incógnita, pues sencillamente como historia no ha sido tal, y tampoco se ha desempeñado como análisis político, como sería lo más conveniente.

De la anterior deficiencia se han derivado las más grandes aberraciones interpretativas, y sin duda también los más graves errores políticos a diestra y siniestra. Así, por ejemplo, una reconstrucción equivocada del sentido histórico de la militancia partidista puede hacer pensar que en el interior del propio partido no han existido grandes fisuras, grandes conflictos, así como también, ¿por qué

no decirlo?, los más destacados dirigentes antipriistas. Otro ejemplo, relacionado con esto último, es el gran mito aceptado, casi como verdad universal, de que desde 1929 y hasta la actualidad su historia como "partido oficial" ha sido la misma, y que los cambios del PNR al PRM y de éste último al PRI hayan sido sólo cambios de nomenclatura que obedecieron en su momento a tenues transformaciones, a veces más ajenas a sí mismo, que a las pugnas interpersonales del bloque del partido que ejercía las funciones de gobierno. Nada más falso y cuestionable.

De aquí también el riesgo actual del partido de caer en directrices que, en un afán sin vocación por "romper con el pasado", o por construir un "presente propio" de antemano artificioso, han dilatado cambios y decisiones estructurales estratégicas.

La muy particular beligerancia del PRI en la política nacional es algo que históricamente se ha ubicado muy por encima de interpretaciones pseudomorales y finalmente ideológicas, pues el ejercicio del poder es un hecho no decidido ni por la sabia reacción nacional, ni por los excesos conceptuales de izquierdas desarticuladas en un país ansioso de realidades operativas y sólidas.

Enfrentar y asumir la actual situación del PRI se ha convertido hoy por hoy, en más que un desafío para el propio partido. Es ya un reto inmediato para el sistema político todo, en la medida en que el PRI se ha convertido en una especie de condición patrimonial y, desde luego, institucional de las organizaciones sociales, populares de México, de sus no simples alianzas y de sus múltiples compromisos como frente nacional. Y en la medida en que el PRI ha hecho del poder en práctica un patrón de diálogo, de politización colectiva y de compromisos masivos.

La última Asamblea Nacional Ordinaria del PRI se nos presenta, a más de un año de su celebración, como una posibilidad significativa para reflexionar brevemente sobre la orientación del propio partido y sobre sus necesidades en el corto plazo.

Ello, desde luego, teniendo en mente su equivalencia con la totalidad del sistema político —en cuanto uno de sus espacios principales—; equivalencia que es a la vez incidencia y reciprocidad.

La XII Asamblea se realizó los días 23, 24 y 25 de agosto de 1984. Como otras varias Asambleas priistas en la historia, esta última llevó a cuestras un compromiso preelectoral, el tercero en Asamblea después de iniciado formalmente el proceso de Reforma Política. También pesó en términos políticos para ella el que rompió con casi tres años de inmovilismo partidario a nivel nacional, después de la secuencia y secuela dejadas por las IX, X y XI Asambleas (1978, 1979 y 1981, respectivamente), y por haber sido la undécima, su precedente, particularmente conflictiva al estar marcada por la intempestiva renuncia a la presidencia del CEN nacional de Javier García Paniagua, a tan sólo tres días de haberse clausurado los trabajos de dicho evento.

Por otra parte, en el ámbito coyuntural la XII Asamblea nutrió su significancia dado que, aunada a la conmemoración del 55 aniversario del partido, se constituyó en uno de los pocos momentos posibles de definición política de y en la actual administración. En la memoria de las Asambleas del PRI, desde la primera (su mismo origen, en 1950 bajo la presidencia en el CEN del Gral. Rodolfo Sánchez Taboada), la décima segunda versión será tratada, por su parte, como un acontecimiento urgido de cambios y de radicalidad inmerso en un contexto de quietismo y moderación, motivados estos últimos por la inexistencia de decisiones políticas esenciales, por una no inducción de transformaciones y actitudes orgánicas impostergables, así como por una ausencia notoria de vocación de partido en el ejercicio del poder, misma que, al parecer, ha traspasado los límites centralistas de la geopolítica nacional, y se ha trasladado ya a importantes esferas del quehacer político regional, estatal y municipal. Las en algunos ca-

sos sorpresivas derrotas electorales del PRI desde 1979 se apuntan a ser, en la actualidad, los únicos indicadores relativos con los que se puede establecer esta aparente tendencia de desformalización de la ortodoxia partidaria. Esto último no sólo incumbe al PRI. Por extensión, por imitación (mimetismo político), por absorción de la experiencia del sistema (pero de ninguna manera por igualdad de orígenes y de presencia histórica en la sociedad civil), lo anterior bien puede prolongarse, ya como una vivencia, a lo que a partir de la Reforma Política ha dado en llamarse el pluripartidismo mexicano; tal vez como una si no creciente, por lo menos sí latente incapacidad o falta de presencia partidista en la cotidianidad y en la organización social.

Un muy somero balance de lo tratado en la XII Asamblea invita a reflexionar un poco sobre la situación presente del PRI y, de alguna manera, en por qué sus más importantes pronunciamientos en dicha ocasión pueden ser vistos, hoy en día, como parte de una lamentable retórica sin precedentes, que a futuro pudiera a su vez dar origen a un insólito desbordamiento de la participación y opinión cívicas en política.

Uno de los propósitos renovados que más se destacó en la XII Asamblea, fue el que el PRI conservara su liderato político nacional, con todo lo que esto implica en el México de nuestros días. Para lograr dicho objetivo, se propuso el cumplimiento de 150 tareas para los priistas, organizadas conforme a los grandes temas siguientes:

I

Por las reivindicaciones nacionales

1. Desarrollo político democrático
2. Desarrollo económico independiente
3. Desarrollo social justo
4. Actividad política exterior



II

Por las demandas de las bases del Partido

1. Por las causas campesinas
2. Por las luchas obreras
3. Por los requerimientos de las clases medias populares
4. Por las reivindicaciones de la mujer
5. Por las banderas de la juventud

III

Líneas de acción partidista

1. Por la reafirmación ideológica
2. Por el fortalecimiento de la organización
3. Por una militancia comprometida
4. Por el abanderamiento de las causas populares
5. Por la profundización de la vida democrática

La aparente a-historicidad de este programa adquiere su justa medida a través de una confrontación con lo que ocurre en el ejercicio del poder. Así, por ejemplo, el tiempo transcurrido desde la Asamblea y la inercia habida en la instrumentación de las tareas demuestran que, en primer término, la forma actual del partido carece ya de los aparatos necesarios para hacer frente a exigencias

como: "combatir a las organizaciones representativas de intereses económicos que intentan rebasar el marco específico de sus atribuciones legales y pretendan constituirse de hecho en órganos de participación política" (tarea 13.I.1). O bien para: "consultar a la población de la ciudad de México sobre las modalidades de su participación en el gobierno del Distrito Federal" (tarea 23.I.1). Por otro lado, ¿quién dudaría que, al menos hasta la fecha no hay manera de "ampliar la participación de las bases en la orientación del quehacer partidista"? (tarea 149.III.5).

No menos que otras tantas tareas de las 150, las anteriores reclaman para su ejecución, de un amplio concurso social, de movilizaciones y alianzas profundas, estructurales, que, como ya se mencionó, no están inmersas en el engranaje político del PRI en y a partir de su última Asamblea.

A su vez, el rubro intitulado "Por las demandas de las bases del partido" exhibe, de entrada, una incongruencia que debe considerarse como retrógrada por parte del PRI, en relación con la realidad política de las fuerzas sociales nacionales. En un país que, al menos de 1970 para acá ha vivido transformaciones con frecuencia radicales en el interior de sus actores sociales protagónicos, y que ha experimentado el surgimiento y el ascenso de nuevos sectores y fracciones, aún dentro de los tres tradicionales del PRI (obrero, campesino y popular, por un lado) y en los dos sectores "complementarios" y pluriclasistas (juvenil y femenil), seguir pensando en las viejas composiciones de fuerzas, en las viejas demandas teñidas con los colores de moda (renovación moral, consulta popular, planeación democrática, el "anti-populismo" y otros tantos, igualmente recurrentes), pero sin referirse a la realidad sociopolítica del México actual, es un gran desacierto cuyas primeras consecuencias han sido y serán quizá, entre otras, las de tipo electoral (para un PRI al que en los últimos años se ha tratado de hacer por fuerza un partido electo-

ral), aunque más a mediano y largo plazo, otras de incalculable valor en lo político y en lo histórico.

¿Cómo conciliar los cambios habidos en los estatutos durante la XII Asamblea con la actual organización y con la espontánea y decreciente militancia de los últimos años? ¿Cómo conciliar la "política de desarrollo económico independiente" con el ascendente sojuzgamiento económico del país? ¿Cómo hacer cumplir la tarea de "reestructuración de la deuda externa sobre la base de establecer un tope al pago de intereses y capital, expresado como un porcentaje de los ingresos provenientes de la exportación de bienes y servicios"? (Tarea 49.I.2). ¿Cómo pretender armonizar un "desarrollo social justo" sin ampliar la participación política ciudadana, sobre todo en cuanto que, según la experiencia histórica, el mexicano ha sido un sistema de mayorías? ¿Por qué excluir de la representación del PRI a nuevas fracciones en la sociedad cuya lucha se está canalizando por vías no partidarias, extrainstitucionales y no es de dudar que, más temprano que tarde, mediante formas violentas inorgánicas? ¿Cómo conciliar, finalmente el imperativo del ¿qué hacer? con la crudeza del ¿qué se está haciendo?

De esta forma, a casi un año de haber sido esbozadas, las grandes tareas han caído en un infranqueable incumplimiento. Habría que empezar a aplicar en desde luego una de las recientes adiciones a los estatutos en el sentido de "sancionar políticamente a los miembros del partido que se desatiendan de sus compromisos". Ello haría una diferencia verdadera entre gobierno y retórica, entre democracia en el ejercicio del poder y la democracia inalcanzable como objetivo planificado. Esto contribuiría también con mucho para ayudar a distinguir entre las ventajas de la autocritica oportuna en vez de la compasión y el arrepentimiento.

El inventario de la XII Asamblea pone en tela de juicio algo más que lo estrictamente partidario. Es

importante para distinguir también que, a casi tres años de la actual gestión gubernamental, no han podido superarse los mismos vicios y limitaciones que se enarbolaron como banderas de su legitimidad al llegar al poder. El incumplimiento de las 150 tareas como programa político es muy elocuente para denunciar las desproporciones vigentes en el terreno de la concertación partidaria, en la concertación de las grandes soluciones para los grandes problemas nacionales de nuestro tiempo.

En ausencia de nuevos conceptos de representatividad y liderazgo, y a falta de cambios estructurales profundos, bien poco podrá hacerse en todo lo demás. Todo esfuerzo que no contemple como prioritarios estos aspectos en lo sucesivo será una derrota política prefabricada.

Hoy el PRI debe proponerse el cambio como una necesidad para asumir el futuro. Debe de revalorar la formación y promoción de cuadros, la disciplina de la carrera política no en función de los procesos electorales sino que del ejercicio del poder que ha adquirido en el conjunto de acciones de la vida colectiva del país. Una vez más, su origen genuino tendrá que ser el consenso y la convocatoria. Si una opción válida puede presentarse a México en los próximos años de crisis, ésta tendrá que ser una opción atravesada por fuerzas y alianzas sociales que en el PRI encuentren un factor de cambio, de respuesta y de conducción.

Dicho de esta forma, los desafíos pervivirán. Podrán venirsele rupturas y escisiones. Deberán ser. Pero el valor histórico del pacto social que el PRI representa en México, será recuperado por las organizaciones y luchas sociales fundamentales que, ayer y hoy, han dirigido los destinos nacionales.

María Xelhuantzi López